

EL MILAGRO PASCUAL DE BASTOGNE

CUANDO PATTON HABLO A DIOS
por el Tte. Coronel JACK WIDMEN.

El que sigue es un artículo sensacional y encantador que han publicado en ambas Américas algunas revistas de gran tiraje.

Tal vez no han podido llegar éstas a un sector importante de nuestros lectores, por lo que decidimos reproducirlo en nuestras páginas, en atención a lo excepcional de su interés.

Para nosotros, sobre el interés literario y dramático que entraña el artículo, importa un valor superior. Es todo un enunciado de una filosofía de la vida, espiritualizante y bella, el que encarna la vigorosa y relevante figura del general norteamericano, protagonista de su argumento.

Esa filosofía de la vida, —trascendente, vertical, cristiana— que no sólo no impide al hombre genial que se llamó Patton, ser un gran estratega, héroe de formidables batallas, pasmo de la Historia y de la estrategia moderna, sino que lo agiganta y lo sublima.

Es la revelación que nos hace ese hombre de hoy, —cuyo nombre ha llenado las columnas de la gran prensa mundial de hoy— anunciando a este siglo de orgía de la materia, que en la vida, hasta en la estrategia de última hora, la de las superfortale-

zas aéreas y la de las divisiones blindadas y la de las bombas de 500 libras, entran también en cuenta "todavía", como en los siglos de las catedrales góticas, otras energías y otros factores, —importantísimos y reales—, inaccesibles a la matemática y al teodolito, pero que los descubre y los explota el creyente, el cristiano, para el cumplimiento de su deber en la sociedad, para el triunfo de la justicia, de la Patria.

Esas energías son la oración, la fe en Dios, la mística religiosa, el sentido cristiano de la vida.

Al evocar este aspecto, menos conocido quizá, de la espiritualidad de ese hombre de epopeya que fué el General Patton, sin poderlo remediar, surge por contraste, en nuestra mente el perfil pigmeo de ciertos liberaloides y marxistas de algunas repúblicas hispanoamericanas. Qué infantil y fatuo resulta su gesto al pretender desconocer, con ínfulas de suficiencia moderna, —quiera Dios no sea hostilizar— esos mismos valores del espíritu, de lo religioso, en países de tradicionalraigambre netamente espiritualista y católica.

La Redacción.

FALTABAN dos días para la Navidad de 1944. La sangre de los muertos y de los heridos formaba grandes manchas rojas sobre la inmensa alfombra de nieve de tres pies de espesor que cubría la floresta de las Ardenas. Los supervivientes luchaban con desesperación en las destrozadas líneas de vanguardia, repeliendo un ataque tras otro, y poniendo en duda que les fuera dado ver otras Navidades, si Von Rundstedt continuaba su incensante avance. Sólomente un milagro era capaz de salvar la situación... Y eso fué lo que el general Patton consiguió.

En el valle en que se asienta Bastogne —hasta entonces un pueblecito belga, muy poco conocido— la División 101, reforzada por grupos dispersos que habían pertenecido a otras divisiones, resistía con dificultad al tremendo impacto de cinco divisiones panzer alemanas, en tanto que los capellanes americanos trataban de confortar a los agonizantes y enterraban a los muertos, sin tiempo para dedicar ni

un solo pensamiento a la Navidad.

Al sur de esta guarnición mal equipada y rodeada por un círculo de fuego que se iba estrechando, el mayor general Hugh Gaffey luchaba afanosamente al frente de la Cuarta División Blindada, para romper el cerco de hierro formado por las tropas alemanas, que no sólo amenazaban con tomar a Bastogne, sino también con aniquilar a las tropas de Patton, que defendían tesoneramente tan importante centro de comunicación.

En el Cuartel General del Tercer Ejército, establecido en la ciudad de Luxemburgo, la radio difundía literatura y música propias de las Navidades, en interesantes programas que parecían preparados para que se escuchasen con la placidez hogareña, pero a los que nadie en el Cuartel, en el curso de aquellos azarosos días, prestaba la menor atención. Todos los pensamientos convergían hacia el teatro de la batalla mientras los aviones no cesaban de ir y venir, desde las líneas avanzadas hasta el Cuartel,

en un desesperado esfuerzo para apoyar el gran contraataque americano.

La moral de los hombres, tanto en el Primer Ejército, como en el Tercero de los Estados Unidos, no era muy alta en esos días. El ataque alemán había obtenido un gran éxito, al que contribuyó en mucho la sorpresa; y, por otra parte, las tropas americanas estaban peleando en su primera campaña de invierno, para la cual no estaban convenientemente preparadas.

La temperatura había descendido a bajo cero. Los tanques, obligados a marchar por caminos de segunda clase, apenas podían avanzar y una capa de hielo de tres pulgadas cubría las carreteras que conducían al campo de batalla. Los carros blindados patinaban, se destruían en violentos e inevitables choques o se precipitaban por los puentes para hundirse en la helada corriente de los ríos. Las columnas que conducían las vituallas se encontraban imposibilitadas de continuar hacia su destino a causa de los vehículos destrozados que les cerraban los estrechos caminos y acababan por quedar paralizadas. Municiones que se necesitaban con tremenda urgencia, quedaban retenidas por la imposibilidad en que se encontraban los camiones de seguir más adelante. La infantería que se enviaba para reemplazar a las bajas (muchachos medio azorados por la novedad, con poco más de un mediano entrenamiento o dirigidos por segundos tenientes que acababan de salir de las academias) tenía que continuar el viaje a pie, cuando los vehículos que los conducían se quedaban estancados.

La infantería peleó entre el fango medio congelado, preguntándose qué le había ocurrido a la artillería, a la que esperaban ver destruyendo los formidables Tanques Tigre Real, que los alemanes estaban empleando por primera vez.

Era un ejército hambriento, medio helado, mal equipado, que sufría su primera gran derrota. Los hombres morían en el lodo del norte de Luxemburgo, maldiciendo a los cuartelmaestros que habían decidido que no habría campaña de invierno y que por tanto los ligeros jackets era todo lo que necesitaban los soldados.

Desde el punto de vista de los altos jefes, el aspecto más serio del problema lo constituían las lluvias y las nevadas continuas, que hacían imposible toda información acerca de los movimientos del enemigo. Desde hacía varios días los reconocimientos aéreos resultaban totalmente infructuosos y sin la mirada aguda y perspicaz de nuestro Comando Aéreo Táctico, que nos mantuvo tan bien informados en nuestro avance por Francia, Von Rundstedt podía mover sus tropas en el secreto más absoluto. El Servicio de Inteligencia se volvía loco tratando de imaginarse la posición de las unidades enemigas, mientras la lluvia y la nieve descendían constantemente del cielo livido.

Detrás de las líneas los jóvenes pilotos se sentaban alrededor de sus enfangadas tiendas, jugándose la paga del siguiente mes, mientras esperaban un cambio de tiempo que no acababa de producirse, para poner de nuevo en movimiento sus aviones de reconocimiento, sus cazas, sus bombarderos y sus vigilantes nocturnos.

A pesar de tan enormes dificultades, el comandante del Tercer Ejército, teniente general George S. Patton, continuaba realizando operaciones que parecían imposibles. A despecho de las furiosas tempestades invernales, Patton, lograba mover hacia el sur tropas frescas en cantidad suficiente para mantener

el ataque de penetración en el flanco sur del ejército de Von Rundstedt, en el área de Bastogne-Echternach.

Decir que el estado de ánimo del general Patton había alcanzado el grado de calor del hierro enrojecido al fuego, no puede dar una idea exacta de su pésimo humor en esos días, en que apenas si lograba conciliar el sueño. Un día y otro las tormentas le impedían actuar, llevar adelante sus planes y su paciencia no tardó en desaparecer frente al más formidable de todos los enemigos con que se había enfrentado en el curso de los tres últimos años: el mal tiempo.

Patton pasaba las horas, lo mismo de día que de noche, recorriendo el frente o tratando de mejorar el tránsito por las carreteras, por los caminos que conducían a los puntos más avanzados de sus líneas, pero en la noche del 23 de diciembre entró como una tromba en su Cuartel General de Luxemburgo y dejando a sus ayudantes a un lado se dirigió a grandes pasos al Salón de los Mapas.

El Cuartel General del Tercer Ejército había sido trasladado a toda prisa desde Nancy a Luxemburgo, al comenzar la lucha en la región de las Ardenas, y el coronel Rufus S. Bratton, nuestro comandante del Cuartel General no encontró lugar más apropiado para instalarlo que el viejo edificio de piedra que en un tiempo había sido un Hogar de los Ancianos, en el Ducado luxemburgués.

El Salón de los Mapas, con sus enormes cartas geográficas, sus planos, y su complicada parafernalia, fué alojado en la capilla, el único sitio de todo el edificio lo suficiente grande para acomodarlos. Todo aquello con su carácter eminentemente bélico formaba un curioso contraste con el ambiente. Los lienzos sagrados, los altares con sus imágenes, los grandes ventanales policromados presentando escenas de las Sagradas Escrituras, no correspondían ciertamente a la nueva actividad que el destino le había impuesto a la capilla.

Patton, una vez en el Salón de los Mapas, se quitó el abrigo, tirándolo en un rincón, despidió a sus auxiliares y se fué directamente a los mapas en los que se había señalado la situación de las tropas en el curso de la batalla. Su inspección fué detenida, prolongada, acuciosa. Después tomó entre sus manos el informe de las bajas sufridas —que indicaba la pérdida de unos tres mil hombres en las últimas veinticuatro horas— y al levantar la vista del papel, su mirada se fijó en el fondo de la capilla, descubriendo una imagen de Cristo crucificado de gran tamaño, colocada en lo que debía ser el Altar Mayor.

Para los que le conocíamos bien, para los que habíamos luchado a sus órdenes, no constituía ninguna novedad su devoción. Todos sabíamos que era profundamente religioso y que a veces se creía en el deber de explicarle a Dios "la verdadera situación" sin olvidar jamás el valor y la importancia de la "orientación divina". De aquí que a ninguno de

ellos que figurábamos en su Estado Mayor nos causara sorpresa la noticia de que, dejando los mapas y los informes, se hubiese colocado delante de la imagen sagrada, pronunciando la que había de ser su famosa plegaria.

(Estas son las propias palabras de Patton. Parte de mis obligaciones consistía en anotar cuanto decía. Hablé con varios oficiales del Estado Mayor, comparando sus versiones de la Plegaria, con la mía, y después de haber hecho la correspondiente transcripción se la presenté al general, que me

la devolvió con su correspondiente aprobación).

Señor —comenzó diciendo en un tono muy bajo y con marcada lentitud—, soy Patton, que Te habla. Los últimos catorce días han sido un verdadero infierno. Lluvia, nieve, más lluvia y más nieve y estoy comenzando a preguntarme qué sucede en tu Cuartel General. ¿De parte de quién estás, a fin de cuentas?

Por espacio de tres años mis capellanes han insistido en asegurar que ésta es una guerra religiosa. Esta, me dicen todos ellos, es una cruzada como la de otros tiempos, sólo que ahora usamos tanques en lugar de las viejas armas. Insisten en que estamos aquí para aniquilar al ejército alemán y a Hitler, ese hombre sin Dios, a fin de que la libertad sea restablecida en Europa.

Hasta ahora he estado de completo acuerdo con sus prédicas, porque nos has concedido sin reservas tu cooperación. Cielos claros y mar en calma en África, nos permitieron hacer con el mayor de los éxitos nuestro desembarco, auxiliándonos grandemente en el esfuerzo para eliminar a Rommel. Sicilia fue comparativamente fácil, y Tú contribuiste con excelente tiempo para que nuestras divisiones blindadas avanzaran a través de Francia, la más grande de las victorias militares que me has concedido. A menudo me has dado espléndidos consejos sobre graves decisiones del mando y guiado a las unidades alemanas hacia trampas en las que ha sido tarea fácil eliminarlas.

Pero ahora parece como si hubieras cambiado de caballo en medio de la corriente. Le has dado a Von Rundstedt todas las oportunidades en tu libro y, francamente, nos está destruyendo en este infierno. Mi ejército no está entrenado ni equipado para la campaña invernal. Y, como Tú sabes, este tiempo es más apropiado para los esquimales, que para la caballería del sur.

El general se detuvo para dar una rápida ojeada al informe del Observatorio, que anunciaba frío, que continuaran las lluvias y las nevadas y que la visibilidad no pasaba de 300 pies.

Pero ahora, Señor —repitió al volverse hacia la sagrada imagen y con un tono de voz en que se advertía cierto enojo—, tengo que imaginarme que Te he ofendido en alguna forma. Súbitamente nuestra causa ha perdido toda tu simpatía. Te estás inclinando hacia Von Rundstedt y su dios de papel. Tú sabes, sin que yo tenga necesidad de decirte que nuestra situación es desesperada. Seguramente que yo puedo decirle a mi "staff" que todo se está produciendo de acuerdo con los planes, pero a nada conduciría que Te dijese que mi "101 st. Airborne" está luchando contra fuerzas tremendas en Bastogne y que las continuas tormentas hacen imposible el envío de todo lo que necesitan. Ni siquiera es posible auxiliarlos desde el aire. He enviado a Hugh Gaffey, uno de mis generales más hábiles, con su Cuarta División Blindada, hacia el norte, en dirección a ese importante centro de comunicaciones, con el propósito de que alivie la situación de las tropas encerradas en un círculo de fuego y Gaffey ha encontrado Tu tiempo, mucho más difícil de vencer que los alemanes.

De nuevo el general hizo una pausa, mientras

examinaba detenidamente el Crucifijo. Su mirada se hizo más suave y el tono de su voz cuando continuó dirigiéndose a la imagen era más apacible, más calmado.

No me gusta quejarme sin razón —siguió diciendo—, pero mis soldados desde el Mosa a Echernach, están sufriendo las torturas de los condenados. Hoy visité varios hospitales; todos están llenos de víctimas del frío y los heridos se mueren en el campo de batalla, porque no podemos llevarlos a los centros de curación.

Pero todavía esto no es lo peor de nuestra situación. La falta de visibilidad y las continuas lluvias no permiten actuar a mis fuerzas aéreas. Mi técnica de batalla requiere una estrecha colaboración de los bombarderos y si mis aviones no pueden volar, ¿cómo voy a utilizar la artillería aérea? Esta situación es lamentable, pero todavía hay algo grave; mis aviones de reconocimiento hace catorce días que no vuelan y, en consecuencia, no tengo ni la más ligera idea de lo que están haciendo los alemanes detrás de sus líneas.

Que me condenen, Señor, pero yo no puedo pelear contra una sombra —hablaba ahora con la entonación que acostumbraba emplear cuando les explicaba a sus superiores alguno de los asuntos que tenía que tratar con mucha calma—; sin tu cooperación, desde el punto de vista del estado del tiempo, me veo privado de informes acerca de la posición de los ejércitos alemanes y en estas condiciones, ¿cómo diablos voy a dirigir con efectividad mis ataques? Posiblemente todo esto Te parecerá irrazonable, pero lo cierto es que he perdido la paciencia con tus capellanes que persisten en asegurar que éste es un invierno típico de las Ardenas y que debo tener fe.

¡Fe y paciencia me condenen! Debes decidir de qué lado están tus simpatías. Debes acudir en mi auxilio para que yo pueda mandarle a tu Príncipe de la Paz, como un regalo de cumpleaños, a todo el ejército alemán.

Nuevamente Patton se interrumpió y dando algunos pasos se detuvo enfrente de la ventana gótica que permitía ver el patio centenar cubierto por dos pies de nieve, sobre la que continuaban cayendo copos y más copos en una sucesión interminable, aumentando el espesor de la blanca capa.

Señor —dijo volviéndose a la imagen—, nunca he sido un hombre irrazonable. No Te voy a pedir un imposible. Ni siquiera voy a insistir para que hagas un milagro. Todo lo que yo Te pido son cuatro días de buen tiempo.

Dame cuatro días claros, para que mis aviones puedan volar; para que mis bombarderos puedan trabajar; para que mis aviones de reconocimiento puedan señalarnos los blancos para mi magnífica artillería. Dame cuatro días de sol para que se seque el fango y mis tanques puedan volver a rodar; para que las municiones y los alimentos puedan llegar hasta mi hambrienta y mal equipada infantería. Necesito esos cuatro días para enviar a Von Rundstedt y su ejército sin dios a su Valhalla. Me tiene enfermo esta innecesaria matanza de jóvenes americanos, y a cambio de esos cuatro días de buen tiempo que me permitan pelear. Te mandaré tantos Kruts, que tu departamento

de contabilidad verá retrasarse su trabajo durante meses...

El general inclinó la cabeza, permaneciendo en silencio durante unos momentos. Luego dijo suavemente: Amén.

Poniéndose su casco, Patton se dirigió hacia la puerta de la capilla, pero se detuvo a pocos pasos del umbral, cuando distinguió de pie, bajo uno de los arcos de la entrada a uno de los capellanes del Tercer Ejército.

—Bien, capellán: ¿hace mucho que está aquí?

En la voz del general se advertía marcada sorpresa, cuando hizo la pregunta.

El capellán contestó en seguida:

—Sí, hace un rato, señor.

—¿El tiempo suficiente para haberme oído hablar con su Jefe?

La respuesta se produjo sin palabras. El capellán hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Patton, al instante, le hizo otra pregunta:

—¿Cree que El me oíría?— Y sin dar tiempo a que le contestara agregó: —¿Cree que El hará algo en este asunto?

El capellán, que no llevaba mucho tiempo a las órdenes de Patton, se llenó de confusión y contestó casi tartamudeando:

—Estoy seguro de que no lo sé, señor.

Después añadió:

—Nunca había escuchado nada semejante! Me quedé pasmado al oír su plegaria en esta hermosísima capilla. Había oído decir que usted rezaba a menudo, pero en cuanto a que el Señor lo estuviera oyendo... La verdad es que no sé.

—¡Hum! No suponga usted que lo sabe.— La voz del general volvía a ser la del jefe del Ejército acostumbrado a ser obedecido sin reparos, cuando añadió: —Hablando desde un punto de vista verdaderamente práctico, capellán, creo que si alguna vez ha habido un tiempo apropiado para rezar, éste es. Si nuestro Señor no puede oír la voz de un solo hombre, quizá podrá oír trescientas mil voces.

El general estudió durante un minuto al hombre de iglesia que tenía delante. Aparentemente satisfecho, le dijo en tono reposado:

—Capellán, como su comandante en el ejército, le ordeno que haga algo por mí. Quiero que escriba una plegaria para que sea impresa en el reverso de mi mensaje de Navidad, que ya está preparado para ser distribuido entre todos los oficiales y soldados del Tercer Ejército. Arregle todo lo que yo le quiero decir aquí esta noche para que lo impriman de modo de hacer la distribución mañana al mediodía. Si logramos hacerlo rápidamente, quizá su Jefe escuchará nuestro ruego y se dará cuenta de que la situación es muy seria. Eso es todo, capellán.

El capellán no se hizo repetir la indicación sino que salió a toda prisa para su improvisado despacho y después de redactar varios borradores, le llevó al general la copia del que creyó mejor. Luego entre los dos le hicieron algunos cambios y a poco las prensas "tiraban" apresuradamente la Oración de Navidad, para los trescientos mil hombres del Tercer Ejército.

A la mañana siguiente las tarjetas fueron enviadas a todas las unidades, conjuntamente con las provisiones, y a las 12 del día, todos los hombres a los cuales se había podido llegar la tenían en sus manos. El mensaje de Patton decía:

A cada oficial y soldado en el Tercer Ejército de los Estados Unidos, le deseo Felices Pascuas.

Tengo absoluta confianza en su valor, en su devoción al deber y en su pericia para la batalla. Marchemos hacia la victoria completa. Que la bendición de Dios sea con cada uno de ustedes en este Día de Navidad.

G. S. Patton, Jf.,
Teniente General,
Al mando del Tercer
Ejército de los Estados
Unidos.

En el reverso aparecía la oración, cuyo texto es el siguiente:

Omnipotente y misericordioso Padre: nosotros con la mayor humildad esperamos de Ti, que con tu grandísima bondad, contengas estas interminables lluvias con las cuales tenemos que contender. Concédenos buen tiempo para la batalla. Con tu gran bondad escúchanos como soldados que Te imploramos, para que protegidos con tu poder, seamos capaces de avanzar de victoria en victoria y destruir la opresión y la maldad de nuestros enemigos y establecer tu justicia entre los hombres y las naciones. Amén.

La historia nos habla de milagros que han sido confirmados por un solo individuo o por un puñado de testigos dignos de crédito, pero lo que siguió a la plegaria de Patton fué presenciado por más de 300.000 hombres y todos cuentan lo mismo. Algunos han considerado el hecho como consecuencia de un cambio casual en el estado del tiempo, a despecho de las predicciones en contrario de los meteorólogos del Ejército. Mas, entre esos trescientos mil hombres ninguno lo describe mejor que el soldado raso que gritó: "¡Patton ha echado un milagro!"

Y fué un milagro, realmente. Al mediodía cesó de nevar, comenzando a caer una lluvia tibia. A la una de la tarde el cielo se había despejado; a las dos el sol majestuosamente se abrió paso a través de las nubes, brillando sobre el campo de batalla por primera vez en catorce días. Densas nubes cargadas de lluvia fueron arrastradas por el viento como hojas secas por un tornado y a las tres p. m., el primero de los aviones de combate y el primero de los aviones de bombardeo pasaron por encima de nuestras cabezas.

La infantería se levantó para gritar su entusiasmo, en frenéticos cheers a los Thunderbolts, que volaban en grandes formaciones por encima de los árboles cubiertos de nieve y los hombres colocados en los puestos de observación escuchaban llenos de alegría la explosión de toneladas de bombas y el tableteo de las ametralladoras mientras los bombarderos arrojaban sus 500 libras de metralla, abriendo enormes claros en las concentraciones alemanas. Los Thunderbolts continuaron su incesante ataque hasta que cayó la noche y entonces las Black Widows (los aviones de bombardeo nocturno, equipados con radar) continuaron el bombardeo contra las columnas alemanas que se movían en una oscuridad total.

El día de Navidad amaneció claro — era el segundo de buen tiempo — y la Octava Fuerza Aérea envió cientos de Fortalezas y Liberators desde sus bases inglesas, para aplastar la retaguardia de los alemanes. Solamente en ese día de Navidad, nuestros aviones de combate derribaron 361 aeroplanos enemigos, que trataron de romper las formaciones aéreas americanas. Nuestros aviones de reconocimiento lograron fotografiar el área completa de la penetración alemana y la Intelligence

fué, una vez más, razonablemente inteligente.

En tierra, la moral de los soldados volvió a elevarse. De nuevo el apoyo de la aviación, trabajando con la infantería y en estrecho contacto con los aviones de combate y los bombarderos a través de los equipos de radio, logró destruir algunos sectores extremadamente peligrosos y producir una espectacular lluvia de cientos de toneladas de alimentos y municiones para los hombres que se encontraban rodeados en el bolsón de Bastogne.

Un viento cálido comenzó a soplar al mediodía y la nieve se fué licuando, en tanto que el fango se endurecía. Las columnas de suministro pudieron continuar su marcha a lo largo de los caminos limpios de nieve y los cuartelmaestres enviaron apresuradamente pavos, a fin de que cada hombre tuviera la ración que se les había prometido para la comida de Navidad.

Aprovechando la situación, la Cuarta División Blindada de Hugh Gaffey, junto con algunos componentes de la 80 de Infantería, avanzó en Bastogne y por la tarde del día de Navidad avistó a la guarnición sitiada. Durante el tercer día del Milagro (26 de diciembre) las fuerzas de Gaffey cayeron sobre las líneas alemanas y Bastogne quedó libre del cerco de fuego.

Cuarenta camiones cargados de provisiones de todas clases seguían a las tropas de Gaffey, cuando entraron en lo que había sido el pueblo. Se le dió prioridad en los caminos a veintidós ambulancias, con objeto de que los heridos pudieran ser conducidos lo más rápidamente posible a los hospitales de Luxemburgo.

Al día siguiente la fuerza aérea tuvo su gran Field day y causó tantos estragos en el ejército de Von Rundstedt que lo obligó a desistir de sus ambiciosos planes y a replegarse, en una retirada general, a posiciones situadas detrás de la Línea Sigfried, que había sido el punto de partida de su avance. La batalla de las Ardenas, la Batalla de Bastogne, la Batalla de los Bolsones, virtualmente había concluído. La Segunda Guerra Mundial en el continente europeo, estaba prácticamente lista para entrar en los libros de historia.

Muy tarde, esa noche, el general Patton regresó a su Cuartel General. Estaba muy cansado, pero muy contento. Su uniforme que usualmente resplandecía, presentaba enormes manchas de fango ya seco, cuando pasó por delante de los centinelas para entrar en el Salón de los Mapas, en la sagrada capilla.

La planta portátil que se había usado para dar luz al Salón de los Mapas se había roto y docenas de velas trataban de sustituirla. La vacilante luz producía grandes sombras y la imagen del Crucificado resplandecía en la penumbra, sobre el fondo más oscuro del altar.

El general dejó su casco sobre una mesa y volviéndose hacia la imagen comenzó a decir suavemente:

Señor: es Patton otra vez y vengo a anunciarle el éxito completo en el frente del Tercer Ejército.

Mientras hablaba tomó un puntero de la mesa y acercándose al mapa señaló a Bastogne, explicando.

Nuestras valientes tropas han sido liberadas por una columna blindada. En Wiltz, mi artillería está lanzando un infierno sobre la Quinta División, que se bate en retirada. Aquí, en el sector norte de Luxemburgo, mi infantería está barriendo el último reducto de la resistencia alemana.

Como Tú sabes, el fango se está secando rápidamente, casi milagrosamente, y mis tanques están en marcha otra vez. Mis columnas de aprovisionamiento conducen millares de toneladas de comida, municiones y armamentos al área de la batalla. Pero lo mejor de todo es que hemos podido sacar a los heridos que había en Bastogne, donde las pérdidas no fueron tantas como al principio temía.

El general hizo una pausa, con objeto de estudiar el mapa, luego continuó diciendo:

Cuando regresaba esta tarde desde el frente, me asaltó una idea que me ha parecido muy interesante. Antes de que los alemanes hicieran este ataque. Von Rundstedt podía elegir entre dos caminos el que le pareciera más practicable. Uno era permanecer detrás de la Línea Sigfried y esperar a que nos estrellásemos contra sus bien preparadas defensas. El segundo camino consistía en atacarnos en las Ardenas, con la esperanza de llegar hasta el Canal Inglés, colocando una cuña entre los ejércitos aliados...

Para llevar a cabo este segundo y más ambicioso plan, Von Rundstedt tenía que contar con el mal tiempo, pues de otro modo le habría sido imposible concentrar un número suficiente de divisiones para lanzarse al ataque. Sin mal tiempo, su concentración no hubiera sido un secreto, pues nuestra Intelligencia la hubiera descubierto y Von Rundstedt habría perdido la enorme ventaja de la sorpresa. Tú, Señor, le diste esta oportunidad. Si él no hubiese tenido nieve y lluvia jamás habría salido de la Muralla del Oeste, jamás nos hubiese dado la oportunidad de enfrentarlo ventajosamente en campo abierto. Si en lugar de lanzarse al ataque se hubiera quedado en su formidable Línea Sigfried, yo temílo, al pensar en las bajas que hubiésemos sufrido al atacarlo en defensas tan bien preparadas.

Señor se me ocurre pensar que quizá Tú estabas mucho mejor informado de la situación que yo, porque fué precisamente ese tiempo bestial que yo tanto maldecía el que permitió al ejército alemán suicidarse en masa. Esto, Señor, es como una revelación del genio militar y yo me inclino humildemente ante una superior mentalidad militar.

El general se inclinó ligeramente. Luego se asomó a la ventana, mirando hacia la lejanía. De nuevo comenzaba a caer la nieve en grandes copos que no tardaron en cubrir los caminos.

Servicios de gracias al Señor, por la victoria de los Aliados, fueron ofrecidos en la capilla y en el pueblo. Con una simpática sonrisa en el fatigado rostro, el general escuchó la voz de bronce de las campanas, de Luxemburgo, llamando a los fieles para la oración. El no faltó.